

FRANCISCO AYALA, PROFESOR

Bryn Mawr College, excelente institución universitaria para mujeres y escuela graduada para estudiantes de uno y otro sexos, está situado a unos veinte kilómetros de la ciudad de Filadelfia, pero por su apariencia y por su ambiente parece pertenecer a otro lugar, quizá incluso a otro tiempo. Neogótico en sus construcciones, salvo por los pocos edificios modernos que fueron discretamente añadidos en la última década, impresiona al visitante como una fortaleza medieval: de piedra gris, las residencias adyacentes encierran buena parte del *campus*, formando una muralla sólo interrumpida por algún arco o torre a los lados de la entrada principal. Es en conjunto un grupo arquitectónico insólito en la región, aunque no desentone dado el tradicional predominio de la piedra en las casas e iglesias de los pueblos circunvecinos. El contraste es más mental que visual; las torres de Bryn Mawr College se alzan como las de las cercanas iglesias, pero se alzan en una institución libre de enseñanza. Evocan ideales académicos y dan fe de su existencia, hechos ambos que caracterizan la experiencia ofrecida a los alumnos de Bryn Mawr.

Nada más entrar en el *campus*, se nota el logro arquitectónico: hay compenetración entre los edificios y los habitantes. Tranquilidad, interioridad, sobriedad, sencillez..., éstas y otras cualidades conviven, y la comunidad intelectual, constituida por la facultad y el estudiantado, existe de verdad. El *campus* es un terreno común para charlar o dialogar, pues todo, y todos, están a pocos metros de distancia, compartiendo a diario las veredas, las salas de reunión, o la biblioteca con su silencioso claustro, donde alguna conversación de fondo o la vista de alguna cara reconocida acompaña el estudio solitario de quienes se han acomodado allí por unas horas. Soledad o compañía, deseadas ambas y fácilmente logradas en un mundo protector, donde algunas puertas—hasta hoy, cuando ya resulta difícil mantener la tradición—siguen abiertas. Ambiente grato de recordar, desde luego. Tuve ocasión de verlo cuando hace poco visité de nuevo

el College y pude comprobar que ni mi memoria lo había idealizado, ni apenas había cambiado el ambiente desde la fecha en que terminé allí mis estudios, en 1962.

Durante tres años Francisco Ayala fue miembro de la facultad de Bryn Mawr College. Le conocí en septiembre de 1959, cuando yo empezaba el segundo año de estudios universitarios, especializándome en español. Debido a mis pocas lecturas, por no decir mi ignorancia casi total de la literatura hispánica, aún no sabía quién era el profesor Ayala, aunque estaba claro por la actitud de sus colegas que era una figura muy importante: «uno de los novelistas mejores que tiene España», creo recordar que dijo uno de aquéllos, y si las palabras no reflejan exactamente lo dicho, sí responden con fidelidad al concepto que expresaban.

Con cierta timidez, me matriculé en un curso suyo llamado «Advanced Composition», y con gran sorpresa, al asistir a la primera sesión descubrí que era la única estudiante inscrita. Las circunstancias —interés mínimo en el español (todavía «primo pobre» del francés en el Este de Estados Unidos), conflictos de horario o de ordenamiento de cursos de otras estudiantes de español; en fin, diversas razones que concurren en toda universidad a hacer que las clases sean de tamaño imprevisto— operaron en mi favor. Pude durante un semestre aprender de Francisco Ayala cuanto dadas mis aptitudes me fue dado aprendiese del arte de escribir. Y gracias al método de Ayala, fue un máximo. No ponía «temas» sobre los cuales esperase una composición de extensión mayor o menor, que obedeciera a determinadas fórmulas correctas sacadas de manuales; exigía invención. Esto, en un comienzo frustrante, pronto empezó a hacerme pensar no sólo en cómo debía decir lo que quería decir, sino —y a la vez— en la forma literaria que daba sentido a lo escrito. Sin apreciar exactamente las consecuencias, estaba aprendiendo a redactar una composición verbal en relación con los problemas literarios implicados por el texto de que trataba. Si no consigo describir en unas frases este método, espero se me perdone, pues resulta casi imposible exponer con precisión un método cuyo éxito dependía del análisis de las obras literarias a nivel estilístico, indagando en el proceso creador, según éste se hubiera realizado en cada caso.

Quizá algún ejemplo de las tareas que me fueron asignadas pueda contribuir a esclarecer la cuestión. «Traduce —decía Ayala— este poema de Rubén Darío al inglés, y tráeme la traducción con una paráfrasis de la traducción y otra del original.» O bien: «Basándote en la traducción de Harriet de Onís, devuelve este cuento al español.» O:

«Lee esta comedia de Benavente, y luego sustituye el acto final por otro.» Yo: «¿Por cuál?» Contestación: «Ah, pues ya lo verás. Escríbelo tú, en español.» Evidentemente, trabajé incluso tropezando con problemas que me parecían insolubles. Y aprendí, porque al traer a clase los frutos de mis labores, traía una plétora de vacilaciones y de aproximaciones para someter al ojo crítico, corrector e iluminador del señor Ayala. Sin esquivar nunca ni el arduo deber de corregir al estudiante de lenguas, ni la obligación (que no lo parecía por su paciencia) de explicar con claridad problemas literarios, mejoraba mis esfuerzos, dejándome no ya con la tarea devuelta y calificada, sino con resultados conseguidos hasta donde el maestro podía conseguirlos: enseñanza.

Si hasta ahora me he limitado a contar mi aprendizaje personal, sin referirme al ambiente general del College, es porque durante ese primer semestre de relación con el profesor Ayala, no llegué a percatarme bien de cómo actuaba en otros cursos. Después de seguir la segunda parte del que he descrito: uno, admirable, sobre el Quijote; y otro, utilísimo, sobre el género de la novela en la literatura española, y de verle participar en las actividades departamentales, fui descubriendo otros aspectos de su personalidad. En la clase solía mezclar, a estilo norteamericano, la conferencia con el comentario abierto sobre las obras leídas, y debo decir que su planteamiento original y siempre inteligentísimo de los problemas literarios, estimulaba en los oyentes el desarrollo de intuiciones y de ideas. Al mostrar con el ejemplo el éxito del modo intuitivo, animaba a que los demás le siguieran por el mismo camino.

No fue sólo el ejemplo intelectual lo que nos convirtió de estudiantes en discípulas de Ayala. Fue también su humanidad. Fuera de clase, era sencillo y afable, dispuesto a escuchar, a orientar, a participar como otro más en una conversación; salvaba las distancias con su actitud llana. Y por sus circunstancias especiales, era una persona que nos conmovía; exiliado desde la guerra civil y viviendo en países para él extranjeros, hablaba con ilusión de volver a España. Volvió, en efecto, durante sus años en Bryn Mawr, iniciando entonces su repatriación.

Conmover también era el contraste entre su control asombroso del idioma español y su posición casi indefensa en el inglés, aunque sobre esto como sobre todo proyectara un humor satírico. Recuerdo el discurso que pronunció en la residencia estudiantil en donde yo vivía. Siguiendo la costumbre de invitar a cenar alguna vez a un profesor del departamento, las especializadas en español le indicamos

cuánto nos honraría que viniese, etc..., y que la tradición pedía que pronunciara un discurso, siquiera fuese muy breve. Aceptó (quién sabe si incómodo ante la idea de hablar a ciento cincuenta niñas entre el ruido de platos en un enorme comedor), y llegado el momento, se levantó, diciendo en inglés lo siguiente: «Como se me ha pedido que diga unas palabras amenas o graciosas, sólo diré éstas, porque estoy seguro de que mi inglés ya les habrá resultado divertido. Siento que mi inglés no pueda ser sino eso. Muchas gracias.» Y se sentó.

En su casa, se explayaba más. Varias veces nos agasajaron los señores de Ayala con unas comidas españolas deliciosas cuya preparación con los limitadísimos recursos del «College Inn» donde vivían la parte de la semana que pasaban en Bryn Mawr, nos dejaba perplejas.

La conversación del profesor Ayala se caracterizaba por su estilo personal, a menudo por su humor inesperado. Aunque ahora, siendo profesora yo misma, me cueste apuntarlo, diré que en una ocasión, dudando si matricularme o no para un curso suyo, él me aconsejó resueltamente que lo hiciera. «Es que no necesito el crédito, señor Ayala», indiqué para justificarme. «Son créditos para tu alma, Inés», me dijo. Es una frase que he recordado mucho, y que recordada hoy no me parece chistosa, sino todo un programa educativo. Pasada la vergüenza, creo que produjo en mí un efecto duradero, pues no sólo asistí a la clase, sino que seguí estudiando luego por voluntad propia, aventurándome por caminos que el curso había desbrozado.

En mi último año en Bryn Mawr, opté por escribir una tesina (no era obligatorio escribirla), y creo que mi decisión se debió en parte a la creencia de que podía «tener ideas». La posición de un profesor frente a las ideas ajenas y a las propias, junto con su capacidad para formularlas y articularlas, de manera convincente y asimilable, es asunto que no deja de tener, creo, consecuencias considerables en la formación del alumno. En Bryn Mawr College, la cuestión había sido bien pensada por los fundadores de la institución. Su credo se podría resumir más o menos así: la necesidad del desarrollo individual en el terreno intelectual predomina sobre cualquier otra exigencia, y para conseguirlo, no tanto hay que fomentar la acumulación de saberes como la integración cuidadosa de éstos y la profundización en las materias estudiadas. Los cursos que se seguían en el College eran menos de lo corriente entonces (cuatro en vez de cinco), y más lo que se pretendía profundizar en la materia estudiada. Las clases del profesor Ayala encajaban bien con esta teoría de la educación superior, pues tendían a desarrollar intelectualmente al alumno y a interesarle en los problemas de todo orden que el texto planteaba.

Cuando decidí escribir la tesina y escogí como tema un aspecto de la obra de Unamuno, sabía que Ayala exigiría primero un buen conocimiento del tema y luego un trabajo que intentara aportar algo nuevo. Cada diez o quince días iba a la oficina del profesor para discutir lo relativo al tema: «La creación del personaje en las novelas de Unamuno». Recuerdo vívidamente la figura del maestro, sentado en su escritorio, leyendo o escribiendo tranquilamente, enmarcado por la anticuada ventana y envuelto en esa luz gris-blanca, típica del invierno, luz que parecía salir de la piedra del edificio, o desaparecer en su grisura. Silencio y seriedad que se imponían; trasfondo que pedía claridad mental.

Ya adelantado el curso, después de la orientación teórica y cuando el borrador empezó a tomar forma, acudía a leer al profesor lo escrito, y él escuchaba; según yo iba leyendo, me corregía faltas, detenía la lectura para hacer algún comentario sobre el estilo, trabajando el texto pacientemente. La experiencia fue sumamente instructiva y agradable.

Ese año, de estudio intenso para mí, hubo bastantes ocasiones para que se reunieran cuantos convivían en el departamento de español, encabezado entonces y ahora por Willard Kind, hispanista y profesora digna de homenaje por su constante y meticulosa actuación. Allí estaban, en la primavera de 1962, Phyllis Turnbull, recién llegada de su otra «casa», España, que parecía vivir en su palabra entusiasta; Hope Goodale y Miguel González Gerth, instructores del departamento; desde Princeton, una vez por semana, llegaba otro maestro, Vicente Lloréns, que dio el seminario sobre poesía contemporánea hispánica; la decana, Dorothy N. Marshall, organizadora de una serie de excelentes conferencias, que enriqueció el programa, en cuyas actividades era ella copartícipe por su hispanismo fervoroso, y José Ferrater Mora, profesor de filosofía, que participaba, como la decana, en cuanto se celebraba en nuestro grupo. Además de los estudiantes graduados, las especializadas en español éramos entonces tres: Judith Ellenbogen, Linda Fish y quien firma. Estaban con nosotras estudiantes más jóvenes, entre ellas Carmen López Morrillas, Susan Schroeder, Carmen Gómez Pisá y Leila Foster. Como era de esperar, la llegada de Ayala había hecho crecer el número de personas dedicadas al estudio del español.

Así, pues, convivió con nosotros el profesor Ayala, a quien he llegado a conocer después como el buen amigo que es. Y todavía me extraña un poco «enseñarle»: explicar una novela suya a una

clase como si fuera él, un escritor a quien no conozco, y yo, profesora. Quizá me comprendan quienes han sido, como yo, discípulos de una figura cuya complejidad y genialidad les toca, al correr de los años, transmitir.

AGNES M. GULLON

Department of Spanish & Portuguese
Temple University
PHILADELPHIA, Pa. 19122 (USA)